

Poemas

El reino oscuro

(fragmentos)

Poco más sé.

Me recuerdo sentado observando un paisaje
que hasta entonces no era sino mera distancia.

Regresaba del sur.

Aún tenían mis ojos limitado su campo
a la vasta extensión señalada en las torres
que servían de linde en la vista del puerto.

Se erizaban arenas frente a un fondo azulado.

Allí, el viento batiendo: circular, enigmático.

Frente a mí, fantasmales, sus figuras de polvo.

En lo alto, la luz

se fingía astillada.

Su fulgor, ya ceguera.

Fue en el sur, un verano.

Tú acechabas la sombra,

yo observaba a tu lado, casi inmóvil, distante.

La medida del tiempo se marcaba en la calma.

Allí, al borde, ignorando.

Bajo el sol, agitado,

aceptando el deseo de ser mundo y mirada.

Allí, el fuego batiendo en las selvas del aire.

Poco más, poco más... la distancia.

SUPONED que de pronto detenéis el trayecto.

Una ciudad, la plaza, los palacios. Silencio.

El azar de las calles os conduce extramuros.

Fuerapuestas, y a solas, observáis la muralla.
 Desde allí, su caída. Más allá, fluye el río.
 Dilatada, la estampa se define perfecta.
 Constreñida a un paisaje de pizarras y ruinas,
 la mirada era presa de una suerte de cerco.
 No es preciso inventar territorios, arcadias,
 paraísos, jardines, islas, fuertes, enclaves.
 Leve evoca este muro aquel yermo collado
 que cantara Leopardi.
 ¿No es posible encontrar en la vida que aceptas
 una vaga noción de su mismo *infinito*?
 Al volver, ver la casa rodeada de hiedra:
 verdecida, envidiable.
 El afuera se incrusta en la fe del adentro.
 La mirada se abre.
 A su ser,
 transitiva.

Memoria de Luis Barragán

Vuelve con los recuerdos, vacilante,
 la huidiza sensación de algo que ignoro.
 De la infancia, una luz; esa mirada
 primera e inocente que no capta
 sino una vaga atmósfera, un reflejo
 tamizado de soles y de lunas
 sobre los trancos muros
 de una casa.
 Ya dentro,
 una tibia penumbra, celosías,
 o una sombra suspensa
 que, implacable,
 habría de cegarme para siempre.
 Las ventanas, memoria de la luz,
 sirven a un tiempo
 de paso y de frontera.
 Allí, tras ellas,
 las paredes manchadas de un jardín.
 Y allí, a su lado, el agua.

Ya en láminas cautivas que rebosan
desde la superficie de un algibe,
ya en forma de rumor
que fluye, a un tiempo,
medido y obstinado
de una fuente.

Alrededor, tapias pintadas
con los vivos colores de esta tierra
o con los apagados de las otras.
Colores que vi, niño, en Jalisco;
que me siguen después
desde Comares,
desde Siena o Asís,
desde Marruecos.

Una puerta, por fin,
marca ese límite
que separa mi mundo del de fuera.
Aspiré a preservarme de su olvido
haciendo que mis sueños habitaran
un lugar consagrado a la memoria.

Álvaro Valverde